



Por un mundo posible y necesario

Al ponernos delante de esta Reunión de la Internacional del Servicio Público (ISP), nosotros de la Asfoc - Sindicato Nacional de los Trabajadores de la Fundación Oswaldo Cruz, estamos orgullosos de presentarnos como militantes de la salud pública. Trabajadores de una institución de ciencia y tecnología orientada hacia el bienestar social y para la construcción de un país solidario y soberano. Una institución estratégica de Estado y patrimonio del pueblo brasileño. Es en esa condición de servidores públicos que hemos visto manifestar nuestra creencia en la capacidad de los trabajadores de todos los rincones del mundo en forjar acciones coordinadas de defensa ante el avance de la barbarie expresada por el salvajismo de un capitalismo sin riñas que amenaza la democracia y la paz. Un ataque frontal a los valores de la dignidad humana y de la civilización. Creemos que es posible construir sociedades más justas.

Creemos en la posibilidad de construir proyectos nacionales inclusivos de desarrollo, socialmente responsables y ambientalmente sostenibles. Proyectos que tengan el bienestar de la sociedad como elemento central y orientador de las demás políticas públicas. Proyectos que, contrariando la idea de Estado mínimo, abogan por la existencia de un Estado necesario que no escapa a sus atribuciones previas de defensor de la vida, de promotor de la paz, de la justicia y de la ciudadanía. Un Estado laico que garantice la tolerancia religiosa. Un Estado que, al velar por el interés de la mayoría de la sociedad, no descuida los derechos de las minorías y de los vulnerables. Un Estado soberano y democrático, dotado de un servicio público de calidad y al nivel de sus desafíos y de sus atribuciones como aquel que efectivamente asegura los derechos de la ciudadanía. Creemos que no hay ciudadanía de hecho sin un servicio público de calidad.

Tal creencia, sin embargo, no nos turba la vista. Sabemos de los obstáculos y de las cuestiones a ser enfrentadas en esta coyuntura difícil. ¿Qué elementos son necesarios movilizar para garantizar la autonomía nacional y la justicia social? ¿Cuáles son las alternativas a la integración dependiente? ¿Cómo conciliar la inserción externa, el crecimiento económico y la justicia social? ¿Es posible alcanzar el bienestar social sin crecimiento económico? Son indagaciones que nos cobran respuestas basadas en conocimiento y en el debate político orientado al bien público. Sabemos que la competencia internacional al exigir la reducción de costos de producción tiende a transformar las relaciones de trabajo en relaciones análogas a la esclavitud. Sabemos también que las ganancias de productividad

proporcionadas por los avances tecnológicos están siendo apropiados por las élites económicas y, al contrario de proveer una vida mejor para todos, están generando desempleo, miseria y abriendo espacio para los nacionalismos xenófobos y autoritarios.

El avance neoliberal se da a escala mundial, amenazando seriamente derechos sociales y conquistas del Estado de bienestar. En su camino crisis humanitarias y económicas, disputas de mercados y choques culturales expresados en la dramaticidad de las guerras y de las migraciones forzadas de grandes contingentes en busca de seguridad y un futuro mejor.

No ignoramos que el proyecto civilizatorio encontró en la ideología del mercado un fuerte opositor. De hecho, en vez de una aldea global o una sociedad que cultiva la solidaridad y los lazos de pertenencia e igualdad de derechos, nos estamos transformando en una sociedad moldeada como un mercado universal y excluyente.

No obstante, las muchas crisis derivadas del mercado, la onda neoliberal ha alcanzado un relativo éxito en la propagación de una ideología que valora la creencia ciega en la capacidad resolutoria de ese mismo mercado. Una instancia definitoria del futuro de todos. Por encima de los nacionalismos, de las religiones y de los valores de la civilización, de la condición humana, de la solidaridad y de la democracia. Un mecanismo autónomo que todo controla, y que viene transformándose en una fuerte amenaza a los regímenes democráticos. En Brasil, la crisis económica y política que afectó al país se ha caracterizado por la rápida producción de graves retrocesos en lo que se refiere a los derechos sociales, la soberanía nacional y la capacidad del país de participar de modo más simétrico del mercado internacional. Bajo el pretexto de combatir la corrupción, el grupo que tomó el poder por la vía del impedimento de la presidenta electa colocó en movimiento una agenda acorde con intereses de grandes grupos internacionales.

La legislación laboral ha sido duramente alcanzada, los sindicatos perseguidos y la seguridad social se encuentran seriamente amenazados. El presal fue compartido entre grandes conglomerados internacionales, empresas como Embraer también fueron entregadas. La matriz de energía eléctrica está a punto de pasar integralmente a las manos de capital extranjero. Incluso nuestra integridad territorial se encuentra bajo riesgo.

Paralelamente, el proceso de industrialización sigue estancado y la economía pasa por un proceso que los economistas llaman de reprimarización de la pauta de exportaciones. Estamos transformándonos en una economía agroexportadora y extractivista. Una economía que permite espectáculos horribles como el hambre y la destrucción ambiental, como los crímenes cometidos en Brumadinho y Mariana en que el rompimiento de represas generó repercusiones negativas inimaginables. La situación se resume de la siguiente manera: las grandes corporaciones se quedan con los beneficios y nosotros quedamos con los cráteres; con nuestras comunidades destruidas; nos quedamos con el dolor; con el cáncer de los agrotóxicos; con nuestras secuelas; con nuestros muertos; nuestras sábanas freáticas y cursos de agua contaminados y nuestras cuencas hidrográficas y nuestros ríos muertos.

Por otro lado, los intereses de la deuda pública avanzan sobre los recursos públicos consumiendo la mitad del presupuesto nacional mientras las inversiones en educación, salud, ciencia, tecnología, infraestructura y generación de empleos se encuentran congelados por 20 años. Se observa un verdadero secuestro del Estado.

En el plano internacional, la elite que hoy comanda los rumbos del país abandonó una estrategia contrahegemónica y de independencia representada por la participación en el BRICS para colocarse en una posición subordinada con relación a la política exterior y a los intereses económicos y geopolíticos de EEUU. Lo que en ningún momento nos hace menos solidarios a los trabajadores y sin techo de aquel gran país. Entendemos que su población también es víctima del salvajismo neoliberal.

En Brasil, como en otros países, fuimos barridos por una ola de intolerancia, conservadurismo y violencia de grandes proporciones. La selectividad de la justicia y la manipulación de informaciones promovida por los medios - ambas ahora exhibidas por las filtraciones publicadas por *Intercept*. Mientras tanto, la soberanía nacional fue puesta a la venta y el desempleo y la incertidumbre silenciosamente tomaron el lugar del optimismo y de las conquistas obtenidas con la Constitución de 1988 y de los avances alcanzados por nuestra joven democracia en los años siguientes.

El sector financiero asumió el rentismo como su principal fuente de reproducción y se alejó de las propuestas desarrollistas de combate a la crisis, cobrando la reducción y la redirección del gasto público. Defensores del ajuste recesivo, colocaron las inversiones en el área social bajo ataque, buscando retirar su centralidad de la elaboración y conducción de las políticas públicas. En estas circunstancias, la cuenta recayó sobre la amplia mayoría de la población, beneficiando en contrapartida los intereses de los sectores rentistas.

Los resultados del proceso de globalización han demostrado la necesidad de encuadrar la salud como una parte innegociable del desarrollo. Y, también, que la salud pública es un área de atención estratégica esencial para el bienestar de las poblaciones, para la seguridad de los países y para el buen desempeño de la economía. Cuando nos referimos al concepto de salud no estamos hablando simplemente de la ausencia de enfermedades, sino del bienestar psicológico y social. Estamos refiriendo la seguridad económica y el acceso a la vivienda, la educación, el empleo, el ocio y la seguridad. Un concepto de salud adoptado por la Declaración Universal de los Derechos Humanos y la Organización Mundial de la Salud

En nuestro país, salud, ciencia y tecnología se revelan como áreas fundamentales para la defensa y provisión de los derechos sociales conquistados en la Constitución de 1988, y en la creación del Sistema Único de Salud resultante de ella. Los servidores de LA Fundación Oswaldo Cruz (Fiocruz) se han posicionado firmemente a favor de la autonomía científica y tecnológica del país, recordando que los recursos colocados en el área no son gastos, sino inversiones imprescindibles al progreso social y económico anhelado por aquellos que comprenden la necesidad de construir un proyecto nacional inclusivo, sostenible y

soberano. Un proyecto que tenga como foco el perfeccionamiento de la calidad de vida para todos. Una ciudadanía de hecho. Adoptar tal posicionamiento significa optar -sobre todo en los momentos de crisis- por colocar a las personas como prioridad absoluta. En ese sentido, hay que luchar también para que los Estados asuman la defensa de la vida y de la dignidad como sus atribuciones fundantes y centrales. Estados al servicio de sus poblaciones que no se dejen capturar por segmentos económicos o intereses políticos extraños a la soberanía y a las bases de identidad y de pertenencia que unen solidariamente las sociedades a que deben servir. Estados pacíficos que combatan el oscurantismo y la barbarie. Estados capaces de asegurar la existencia de mecanismos de seguridad social de alcance universal y de calidad que se basen en la responsabilidad, la interdependencia y la reciprocidad.

La construcción de ese Estado deseado por todos nosotros no puede dejar de incluir entre sus preocupaciones las iniciativas de construcción de sistemas de gestión democrática, participativa y de calidad para el servicio público. Estructuras de gobernanza que contemplen y amplíen en grado de control social sobre las instituciones del Estado y estimulen la cobranza de calidad por parte de la población destinataria de sus servicios. Estructuras que promuevan relaciones de trabajo más justas, y que tengan como referencia la finalidad de ofrecer a la sociedad servicios de calidad, pautados en los ideales de la transparencia y de la equidad. A pesar de los contratiempos sufridos, aprendemos mucho. Es hora de retomar el protagonismo de la construcción del mundo que queremos. Un mundo donde nadie se deja atrás.

En ese sentido, nosotros de la Asfoc-SN, que representamos trabajadores de Fiocruz en todas las regiones de un país continental, miramos con buenos ojos el trabajo desarrollado por ustedes que integran la Internacional del Servicio Público. Es por creer en el internacionalismo de la lucha de los trabajadores y en los valores defendidos por la ISP que anhelamos formar parte de sus cuadros. Muchas gracias.

DIRECCIÓN EJECUTIVA NACIONAL DE ASFOC-SN